

la influencia, más si cabe que la propia reina, había de ejercer en los destinos de nuestra patria.

Mas no se puede hablar del castillo sin hacerlo previamente de la villa, tan cercana a Madrid —17 kilómetros—, si, fieles a un propósito perseguido de antiguo, hemos de historiar los pueblos todos más importantes de la provincia, la mayor parte de ellos con sus peculiares antecedentes fundacionales y con una vida tan vinculada al vivir de los siglos XVII, XVIII y XIX, llenos de hechos recordatorios y principales de los reinados correspondientes a cada época o momento. Santos y reyes, príncipes y aristócratas, favoritos de las Cortes cuyo reinado respectivo les cupo vivir, desplace imaginativamente hoy por tanto edificio de los que enriquecen los contornos urbanos de la histórica provincia de Madrid. Cada piedra, cada noble y destacada construcción, castillo o casona, nos hablan de un pasado grandioso y espléndido, con su también pequeño mundo de historias ejemplares, de vidas atormentadas por un infausto destino o favorables episodios de amores que aún tienen valor romántico y sentimental en el espacio y en el tiempo, como prototipo de hondos y novelescos motivos pasionales propios para una lucida versión escénica o, mejor aún, cinematográfica. Escenarios donde se escribió la historia de muchas vidas más o menos importantes, que el transcurrir del tiempo va transformando en leyenda, que es una forma bella que de los hechos vividos o soñados ha llegado a nuestros días por el prodigio de la fantasía, cuando no de la popular tradición.

Es difícil precisar la antigüedad de Villaviciosa de Odón. Los documentos existentes arrancan de 1464 y toda su vida anterior queda en el mayor desconocimiento. No es desatinado el suponer que sus fundadores fueran segovianos. Pudiera ser un antecedente el que la villa perteneció al antiguo partido de El Real de Manzanares, formado por Alfonso el Sabio, y que sólo cobró su independencia al resolverse el pleito que de antiguo venían sosteniendo segovianos y madrileños. La villa de Odón perteneció a los Marqueses de Moya, en virtud de la defensa que los mismos hicieron del Alcázar de Segovia, pasando luego a los

Condes de Oñate, y de éstos, como descendientes, a los de Chinchón. Pasó Odón a formar parte del mayorazgo fundado por doña Beatriz Fernández de Bobadilla y su esposo don Andrés de Cabrera. El castillo que se levanta orgulloso en un alto cercano a la Villa, fué quemado y semidestruido en tiempos de los Comuneros, al ser atacado por Padilla, pero don Diego Fernández de Cabrera, tercer Conde de Chinchón, procedió a las reparaciones convenientes, misión que le fué encomendada en 1521 al arquitecto Juan de Herrera, que había de sobrecoger al mundo en la ingente obra del Monasterio de El Escorial. El castillo-fortaleza, más bien convertido ya en palacio, como otras posesiones del Condado de Chinchón, pasó a ser propiedad de los Borbones en el siglo XVIII: primero, del Infante don Felipe desde 1738, y desde 1761, con el Condado, a su hermano don Luis. Fernando VI, que ya lo conocía, dió al poblado en 1754 el nombre de Villaviciosa. Debíó ser entonces cuando se efectuaron en la vieja mansión no pocas, importantes y nuevas reparaciones, principalmente en la decoración y embellecimiento de las habitaciones, que todavía conservan motivos ornamentales del más puro y gracioso *rococó*.

«El castillo de Villaviciosa —dice el estudioso y erudito don José Manuel Pita Andrade— es una recia construcción de mampostería de planta cuadrada, con cuerpos cilíndricos en tres de sus ángulos y torre prismática en el cuarto. Estos rasgos pueden aparecer como típicos de cualquier castillo; pero aquí no estará de más precisar la absoluta semejanza entre esta disposición y la que revelan los castillos de Manzanares el Real. Dentro de un mismo territorio no es de extrañar que se generalice un tipo arquitectónico que satisfacía plenamente las necesidades defensivas. En esta construcción importa reconocer, sin embargo, el mayor diámetro de los cuerpos cilíndricos y del cubo de la torre, así como la presencia de un pequeño resalte en el muro del lado Norte.»

Deben tenerse en cuenta todos estos detalles —señala Pita Andrade— para deducir finalmente la escasa intervención que debió tener Juan de Herrera en esta obra. Posiblemente se limitó a abrir muchos de los huecos que hoy se ven en los muros, construiría el patio (con una arquería de granito en la planta baja y dos cuerpos superiores de ladrillos con marcos de piedra en los balcones y ventanas) y transformaría las cubiertas. Queda como un camino de ronda en la parte superior; en él existen unas puertas con jambas y dinteles abovedados que se decoran con almohadillado, revelándose así una composición muy típica de la arquitectura del Bajo Renacimiento. El chapitel que cubre la torre de planta cuadrada es muy semejante a los de El Escorial, si bien aquí el uso de la pizarra queda limitado de cuerpo piramidal que sirve de remate.

Intencionadamente hemos querido, en la descripción del edificio, sujetarnos a las explicaciones del ilustre compañero de Instituto señor Pita Andrade, por entender que no se puede más concisa y eruditamente reseñar las características arquitectónicas más esenciales que imperan en el castillo, merecedor hoy por tantos conceptos de una reforma a fondo que permita su más apropiada y noble habilitación.

En él habría de morir, como ya se ha dicho, el Rey don Fernando VI, en una reducida y oscura alcoba. Allí había de perder por completo la serenidad y la razón, agudizarse aquella melancolía, que era en realidad el principio y fundamento de aquellas últimas perturbaciones cerebrales que le llevaron al sepulcro, y a las que tanto habrá de contribuir la muerte de su querida y fidelísima esposa, doña

Bárbara de Braganza, princesa de Portugal, acaecida en el palacio de Aranjuez el 27 de agosto de 1758.

En aquel maremágnum de la enfermedad del Rey, todos opinaban, todos emitían su diagnóstico y sus impresiones. En carta que el Infante don Luis dirige a su madre, doña Isabel Farnesio, en 19 de septiembre, la dice así:

«Toda la enfermedad de este señor en substancia es aquel humor hipocondríaco que le ha causado manías y furros, de suerte que dice que lo siente venir, que le empieza a subir desde el vientre y llega a la cabeza, que allí siente bullir una cosa que le parece que se le va a fijar y que se ha de morir dándole un accidente o que se ha de volver loco; cuando le da este vapor, tiembla todo él y la cabeza le queda temblando por un rato y muda de color; lo que hay de bueno es que lo conoce y avisa, y a mí me avisó el otro día que me apartase de él, porque le iba a dar y no era dueño de sí, y con efecto, al instante que me aparté, le dió y empezó a sacudirse en la cama fuertemente; ayer, con las sangrías que se le hicieron antes de ayer, estuvo muy inquieto, diciendo que le habían muerto; hoy... ha estado muy sobre sí, y esta noche hemos estado más de cuatro horas en conversación y riendo, y ha estado muy en su juicio; es verdad que hasta ver lo que pasará estos días no se puede fiar, pues estos días pasados ha tenido algunos ratos buenos y después ha vuelto a las andadas; discorra V. M. con esto cómo estaremos todos, pues un rato el mismo dice que está fuera de sí y que no es dueño de sus acciones y otro rato está muy en su juicio.»

Por otro lado, el médico más autorizado por su experiencia y su saber, el Dr. Porcell, dictaminó que don Fernando «padecía una infección de la sangre, efecto de haber seguido conviviendo con la Reina cuando ya le había declarado a ésta la gangrena, y reconocía que no había remedio, pudiendo, si le daba su paroxismo, sobrevenir la muerte en un instante, y que si ésta se retrasase, la enfermedad de la cabeza era absolutamente incurable».

Hacemos gracia al lector de la enfermedad y pormenores de la misma que aquejaba al monarca, que declarada su locura rabiosa hubo de fallecer el 10 de agosto de 1759, precisamente el día en que conmemorábase en España el XIII aniversario de su proclamación, y a la misma hora aproximadamente en que meses antes fallecía la Reina.

Poco después de muerto, vistieron el cadáver de Fernando VI de «puy» de plata bordado sobre fondo morado y verde, camisola de encajes, zapatos negros con tacón encarnado y hebillas de plata, espada y bastón; cubrieron su cabeza con peluca de nudos y sombrero con punta de plata de España y plumaje blanco, y adornáronle con el collar del Toisón y otras condecoraciones. Así estuvo expuesto en el lecho mortuorio, en el castillo de Villaviciosa de Odón, unas veinticuatro horas, y transcurridas éstas, le encerraron en un ataúd forrado de tela de oro con flores de plata y tachuelas, aldabones, cantoneras y cerraduras doradas, para trasladarle a la Sala de la Conversación, sobre una vistosa cama imperial bajo dosel, y allí celebrar las honras correspondientes.

«A las tres de la madrugada del día 12 reconoció el cadáver de Fernando VI —traslado las crónicas de Angela García Rives— el Marqués del Campo de Villar, Notario Mayor de los Reinos, ante el Duque de Alba, Mayordomo Mayor del Rey difunto y designado por la Reina Gobernadora —Isabel Farnesio, segunda esposa de Felipe V—

para presidir el entierro, y acto seguido le colocaron en el coche que directamente le condujo a Madrid, al Monasterio de la Visitación, donde llegó a las nueve y media de la mañana.» Depositado en el coro bajo, junto al de su esposa, en el Real Monasterio de las Salesas, fundado por ellos, hoy puede admirarse su definitivo enterramiento, proyecto de Francisco Cabattini y esculturas de Francisco Gutiérrez, en el lado derecho del crucero, según se entra en la iglesia. Es de mármoles, pórfidos y bronce dorados a fuego. Terminóse este sepulcro el año 1765, y el viernes 19 de abril se trasladó el real cuerpo desde la bóveda donde había estado depositado, siendo su sucesor el Rey Carlos III, el que se ocupó de rendir este último tributo al monarca fallecido seis años antes en Villaviciosa, y que así lo dejaba dispuesto en su testamento, otorgado en 10 de diciembre de 1758, en el mismo castillo en que había de encontrar la muerte.

Castillo histórico el de Villaviciosa de Odón, por cuanto se ve, y que por solo este hecho merecería su mejor conservación.

Otro acontecimiento viene a engrosar el capítulo de los antecedentes históricos. En 19 de marzo de 1808, tras el célebre motín de Aranjuez, fué encerrado en él, sirviéndole de cárcel la capilla, en la que se encontraba una buena pintura, su mismo dueño, don Manuel Godoy, Príncipe de la Paz, árbitro durante mucho tiempo de los destinos de España. Curiosa coincidencia ésta la de su prisión en la misma fortaleza que pertenecía al linaje que él se había encargado de rehabilitar. En las páginas de sus célebres Memorias habrían de quedar reseñadas las vicisitudes del Ministro en desgracia, desde su encierro el ya citado 19 de marzo al 23 de abril de aquel memorable e histórico año de 1808, en que fué enviado a París, siguiendo a la familia real, acabando sus días en París el año 1851.

Poco afecta a la historia del castillo de Villaviciosa de Odón, aunque lo sea a su efemérides, el Real decreto de 18 de noviembre de 1846, por el que establecía en él la Escuela Especial de Ingenieros de Montes, si no fuera por las ligeras reparaciones para su acoplamiento que en aquél se efectuaron, si bien la citada Escuela había de ser trasladada a El Escorial el año 1869.

No es Villaviciosa de Odón villa sobre la que poder discutir en relación a pormenores y riquezas arquitectónicas, pero el castillo es de por sí suficientemente interesante y hasta valioso, rico en pormenores y antecedentes, para que pueda ser considerado como reliquia histórica y, por tanto, justificativa de este trabajo, que no pretende otra cosa que su vulgarización y sobre todo la exposición conjunta de unos hechos que son motivo más que suficiente para una inmediata reparación. La fuente de «los Caños», cuya fábrica, según tradición, se debe a Ventura Rodríguez, situada frente al palacio-castillo, fué uno de los pocos motivos ornamentales que rompían la aridez del terreno. Hoy la belleza del pinar inmediato y magnífico forestal, enriquecido de continuo y mantenido con extraordinarios cuidados por la Excm. Diputación de Madrid, hacen de Villaviciosa de Odón un apacible lugar para el viajero que guste de encontrar un remanso de paz y de silencio lejos, y a la vez cerca, del vital estruendo de la gran ciudad.

MARIANO SÁNCHEZ DE PALACIOS  
Del Instituto de Estudios Madrileños.





buen palmito de la decidida española, que, con su chapurreado inglés, le diera el sí que les condujo al altar.

Todavía la recuerdo cuando, el año pasado, llena de felicidad, vino a España en viaje de novios y visitó el Colegio para presentarnos a su marido. Desbordante de dicha nos relataba con la natural alegría sus primeros pasos en la hostil gran ciudad, sus trabajos diversos, su forma de vida hasta tropezar con Mr. Seedan, que la tomó por esposa. ¡Qué ajena estaba la recién casada a la tragedia que acechaba su felicidad de mujer enamorada! La vivienda para el nuevo hogar. Pero veamos lo que escribe ella misma, para enseñanza de incautos o aparentes ingenuos:

«Todo el mundo sabe cómo está el asunto de la vivienda en todas partes, e Inglaterra no es una excepción; por lo tanto, como nosotros no contamos nada más que con nuestro sueldo —ella sigue trabajando—, no tuvimos más remedio que realquilar una habitación amueblada, con agua y cocina dentro de la propia habitación. Nos tienen pro-

glés. El problema de la escasez de vivienda es universal de la hora actual, debido a la concentración del campo en los núcleos urbanos y al crecimiento de la población en todos los países, y ni gobiernos laboristas ni conservadores pueden hacer otra cosa que irlo paliando con meditadas medidas de gobierno. Como sucede en Francia con París, ciudad intocada en la última guerra, en que el problema de la vivienda es angustioso, sobre todo para las jóvenes parejas que han de instalar su hogar.

«Todo el mundo sabe cómo está el asunto de las viviendas en todas partes»; conviene que esta gran verdad, que nos pregona esta madrileña convertida, por razón del vínculo matrimonial, en Mrs. Seedan, se la claven en sus obtusos cerebros las cornejas de mal agüero, que piensan es uno de tantos problemas que taumatúrgicamente han de desaparecer, igual que la molestia de postura se alivia, en el enfermo encamado, por el simple cambio de posición. Hay que percatarse de que se trata de una batalla a ganar, en colaboración con el tiempo, el trabajo y

## *Crónica del Colegio de las Mercedes. Carta desde Londres de una antigua alumna*

### **LOS APUROS DE MRS. SEEDAN O EL PROBLEMA DE LA VIVIENDA**

**P**ARA los que con cortos alcances o larga malicia piensan y dicen que el problema público número 1, el de la escasez de vivienda, es poco menos que privativo de nuestro país y, en su ceguera o saña, pretenden echar sobre los gobernantes su origen o la falta de empeño en resolverlo, bueno será que mediten sobre la carta que tengo a la vista.

Micaela Cortés Trillo era una muchacha recién salida del Colegio Provincial de Nuestra Señora de las Mercedes, el internado que la Diputación madrileña mantiene, con rango de primera clase, para las niñas que arribaron a la vida en el desamparo o la indigencia. Los años del Colegio y la educación de sus profesoras, unidos a su gran disposición para el estudio y el trabajo, hicieron de ella una excelente auxiliar de oficina. Le faltaba, para completar su preparación de secretaria modelo, el conocimiento del inglés, el idioma universal de la hora presente, y nuestra muchacha, sin vacilarlo un momento, marchó a Londres. Entre los duros trabajos que la capital británica brinda a estas pioneras (servicio doméstico, cuidado de niños, ayudante en clínica) fué la españolita abriéndose camino, a la par que coronaba con éxito el fin propuesto. Mas quiso Dios que la que fué a Inglaterra con limitado objetivo, quedase para siempre anclada en tierras británicas, y que el pasaporte español se trocase por el certificado de nacionalidad inglesa. Un súbito de su Graciosa Majestad enamoró del

hibido el menor ruido de día o de noche, visitas de amistades y, sobre todo —pongan atención los avisados bobalicones de todo lo foráneo—, el tener niños, y con todas estas ventajas —ironiza Mrs. Seedan— tenemos que pagar tres libras y cinco chelines semanales. Todo esto, con no ser muy confortable ni higiénico, lo sobrellevamos pacientemente —indudablemente la madrileña ha infundido a su flemático marido algo de su temple celtibérico— por la escasez de viviendas. Pero nuestro problema es más grave; nosotros esperamos el arribo de la cigüeña para el próximo noviembre; el casero, en cuanto conozca mi estado, nos da una semana de plazo para despedirnos, y encontrar otra habitación nos resulta difícilísimo, a no ser pagando un precio exorbitante, que no podríamos sostener por mucho tiempo; mi empleo lo pierdo a primeros de agosto, sin quedarme ninguna remuneración, y en esta angustiosa situación la única solución que nos queda es alquilar un piso desamueblado o comprarlo, en cuyo caso la renta es muy baja, pero el depósito de entrada es muy alto, y en este dilema en que nos encontramos he pensado en mis pequeños ahorros españoles, que pueden cubrir nuestra apremiante necesidad de ahora.»

No cabe argüir con el hecho de los destrozos causados en el casco urbano londinense por la aviación alemana. Estos fueron a su tiempo rápidamente reparados, como cuadra a pueblo laborioso y consciente como el in-

el tesón de todos, los que darán la victoria que, por lejana, como pronosticó recientemente el Ministro Arrese, no ha de ser inalcanzable, puesto que medios idóneos hay, entre ellos, los planes de Urgencia Social, para mirar con serenidad el futuro. Lo que interesa resaltar, a la vista de la carta de Mrs. Seedan, es que el problema es único y el mismo, igual en nuestra Iberia que en la rica y todavía poderosa Albión.

Finalmente, vaya un envío al Instituto de Moneda o a quien corresponda. La joven española, esposa inglesa, posee una cartilla con unas pesetas, fruto de sus pacientes ahorros en su época de colegiala y soltería madrileña. Estas pesetas, convertidas en libras, pueden, como ella dice, cambiar su acuciante preocupación en gozo ante la llegada al mundo de su primer hijo. Parece ser que hay dificultades, de tipo burocrático o legal, para lograr esto, y ello es precisamente el motivo de su carta, que viene a ser como un S. O. S. lanzado a la conciencia de sus compatriotas. ¿No habría manera de, con buena voluntad, hacer que esas pesetas marcharan a Londres para que el hijo de la madrileña inglesa encuentre, cuando llegue al mundo, un hogar digno de tal nombre? El problema de la vivienda estamos todos de acuerdo en que es complejo y tiene ante sí un plazo largo de solución. El que los ahorros de Mrs. Seedan lleguen a poder de la pareja, para solucionar su caso de emergencia, puede y debe ser rápido y eficaz. En noviembre llega el infante, sin posibilidad de retraso, y ese dinero debe acudir a su encuentro en respuesta alegre a la esperanza de la madre, como símbolo de solidaridad que debe, en definitiva, unirnos a todos. Que no falten las libras precisas, equivalentes a las pesetas ahorradas por su madre en España, para el hogar del bebé inglés con sangre madrileña.

FÉLIX MELENDO ABAD



## Los "Estampillados", en Garabitas

**N**O puede faltar en la reseña de los acontecimientos que dentro de la provincia de Madrid se han celebrado desde el último número de CISNEROS, la reunión en el Cerro de Garabitas, uno de los hitos gloriosos de nuestra Guerra de Liberación, de los «estampillados» de toda España, que es como se conoce a esa legión de héroes que son los alféreces provisionales.

Al volver la mirada atrás y recordar la ejecutoria de los cincuenta mil hombres que se forjaron para la guerra en las Academias, de las que salieron «estampillados», surge espontáneo el homenaje que la figura del alférez provisional merece. Porque, como se dice en la «Historia de la Cruzada», fué una creación típicamente española, y dudamos de que en ningún otro país pudiera aclimatarse con las proporciones y el éxito que en España obtuvo.

Y es que España ama, sobre todo, a sus héroes. Para ellos tienen los españoles un culto y una devoción especialísima, a los que llegan por el camino de la admiración. Aquí, los menos ilustrados ignorarán muchas cosas. Pero son muy pocos, seguramente, los que no saben quién fué Hernán Cortés, el Gran Capitán, Guzmán el Bueno, Velarde y Palafox. Es posible que no conozcan bien los orígenes de la guerra de Cuba, pero saben perfectamente quién fué Cascorro y los detalles de su hazaña. Quizás no puedan precisar por qué nuestros barcos se batieron en Trafalgar, pero conocen todos los pormenores de la heroica muerte de Churruga. Son hechos éstos que inflaman los corazones españoles porque su ídolo es el héroe. Y esa es la explica-

ción de que en España surgiera, con su gigantesca dimensión, la figura del alférez provisional.

En septiembre de 1936 nacieron las primeras Academias para preparar los alféreces provisionales o, mejor dicho, para «hacerlos». En el Decreto de su creación se habla de la necesidad de seleccionar a los mandos de un modo rápido y eficaz para remediar a tiempo la escasez de éstos y para dotar al Ejército de los verdaderamente eficientes. Así se puso en marcha este experimento, dirigido por el general Orgaz, que había de dar días de gloria al Ejército, primero en las Escuelas de Burgos y de Sevilla, y más tarde en las de Tetúan, Santa Cruz de Tenerife, Xáüen, Fuencaliente, Toledo, Granada, Valladolid, Dar Riffien, Dueñas, Avila, Segovia, Pamplona y San Sebastián. La Orden de 23 de octubre de 1936 señala el puesto de honor que al nuevo empleo corresponde: «Los alféreces provisionales prestarán servicio únicamente en las unidades armadas, con preferencia en las que forman parte de las columnas en operaciones», y establece que el distintivo de su empleo será una tira de paño negro, en la que se colocarán las divisas y se unirán al uniforme en el costado izquierdo de la guerrera y a la altura del segundo botón superior de la misma.

Con una estrella sobre el corazón, los alféreces provisionales han escrito muchas páginas apretadas de heroísmo de la historia de España en treinta y dos meses, durante los que estuvo a prueba el temple de los españoles.

La llama del patriotismo arde en el pecho de la juventud española. Tiene ante sí los ejemplos de los héroes del Alcázar de Toledo, de los que se baten en el cerco de Oviedo y de los que mueren sin rendirse en Simancas y en el Santuario de Santa María de la Cabeza: La concurrencia a las Academias es tal, que impone una selección, y hay que eliminar miles y miles de instancias. Nuevas necesidades proporcionan otras oportunidades, y la juventud espera en el frente la llamada a la Academia para ocupar el cargo del que salta primero la trinchera. La definición popular dice que «el alférez provisional es un ser que nace, crece, se estampilla y muere», o «alférez provisional», cadáver efectivo». Y sanciona: «La primera paga, para el uniforme; la segunda, para la mortaja». No importa. La muerte en el campo de batalla ante el enemigo o la posibilidad de igualarse a los muchos héroes que en España han sido, es un atractivo irresistible.

En las primeras promociones, al terminar el curso, se pedían voluntarios para las unidades de choque. A la voz de «¡Voluntarios para la Legión!», toda la Academia daba un paso al frente. Hubo que desistirse de solicitar voluntarios para nada, porque los alféreces provisionales eran voluntarios para todo. Y así son hasta la muerte. El alférez provisional es el primero que salta la trinchera para lanzarse al asalto; es el que está dispuesto siempre para el golpe de mano; es el que se ofrece para retirar al herido que se encuentra en tierra de nadie, entre dos fuegos, sin más condición que se le ate una cuerda a la cintura y se rescate su cuerpo si cae.

En el asalto a unas posiciones enemigas, el jefe de la Unidad observa que hay entre los que atacan uno que va el primero y que destaca por su bravura. Y ordena: «Ese muchacho merece la estrella de alférez provisional; quiero saber su nombre». Más tarde le comunican que se trata de un teniente, y el jefe responde: «No importa. Que se le haga alférez provisional. Se lo ha ganado».

La muerte heroica de Blasco Vilatela es un botón de muestra. Los rojos atacan la posición que ocupa en el pueblo de Gavín; lanzan

contra ella tanques y bombas de mano. La lucha dura treinta y seis horas, pero la posición no se rinde. Aprovechando la noche, el alférez Vilatela se repliega con sus hombres a la torre de la iglesia. Todos están heridos y los rojos les conminan para que se rindan, pero el alférez Vilatela se niega. Se intensifica el fuego y una bomba le arranca las dos piernas. Aún así, el alférez sigue animando a sus hombres y resiste hasta la última cápsula de su pistola. La prensa enemiga, incluso, comentó este caso de heroísmo de Blasco Vilatela, al que, naturalmente, ellos presentaron como un fanático y un loco, pero que en verdad sintetiza las virtudes del alférez provisional.

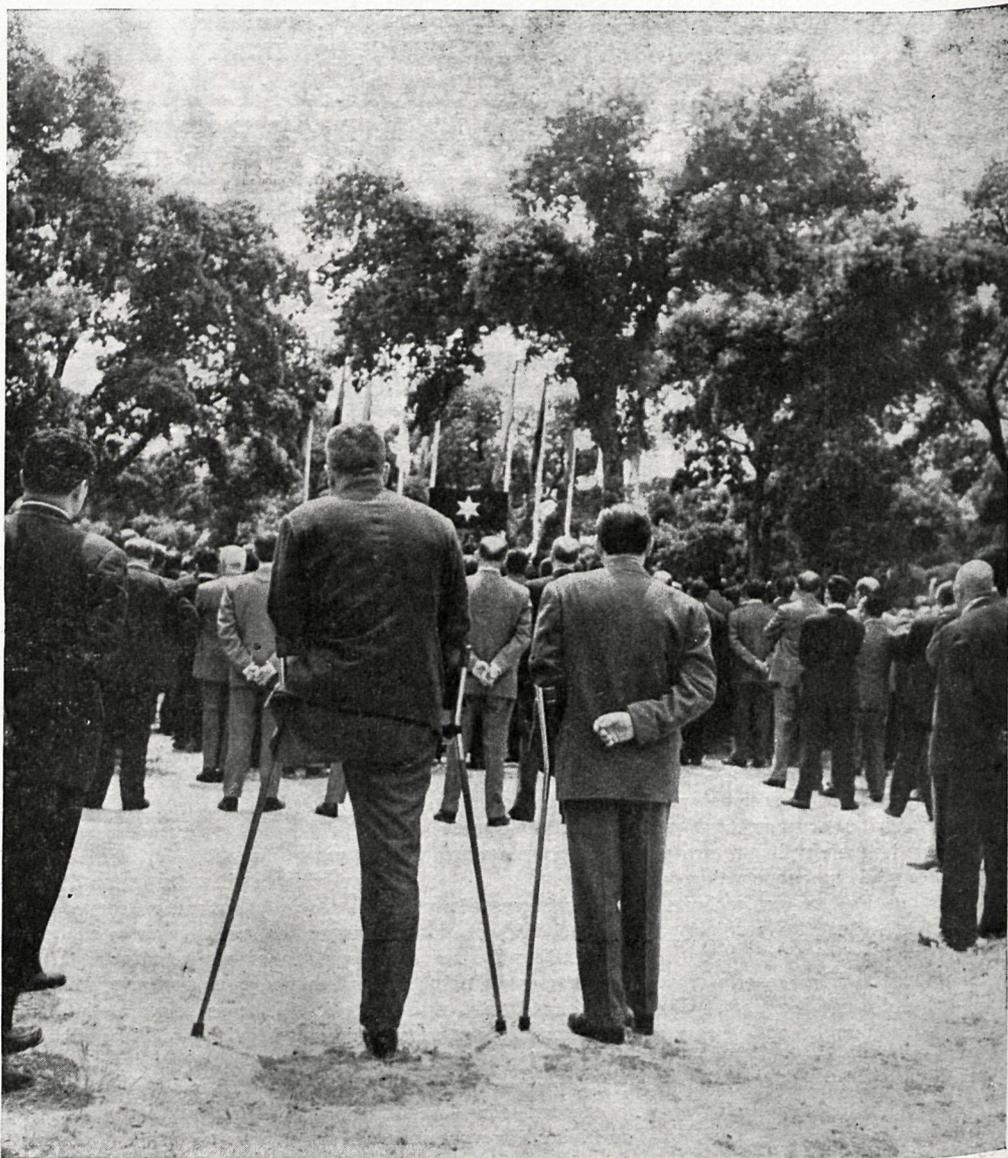
Todos los campos de España guardan sangre de los heroicos alféreces provisionales, cuya figura pertenece a la Historia y al Romanero. Once Laureadas de San Fernando y sesenta Medallas Militares son testimonio imborrable del espíritu que animaba a los cincuenta mil jóvenes que pasaron por las Academias de Orgaz y cubrieron los cuadros de mando en la Tierra, en el Mar y en el Aire.

La juventud nuestra acudió como siempre al llamamiento y, como siempre, no hubo mejores soldados —como dijera Cervantes— que los que se trasplantaron de la tierra de los estudios a los campos de la guerra. Y ninguno salió de estudiante para soldado que no lo fuera en extremo, porque cuando se quiere y se juntan las fuerzas, hace un compuesto milagroso, en quien Marte se alegra, la Paz se sustenta y el Imperio se engrandece.

Los que quedan, con muchos claros en sus filas, se han reunido en el Cerro de Garabitas. Son aquellos que se forjaron en el yunque de esas Academias, que otorgaban con la «estampilla» el pasaporte al sacrificio, a la gloria y a la muerte. Con esa generosidad, que ha llegado a límites incalculables, sirvieron entonces a España. Con la misma abnegación lo hacen hoy la mayor parte de ellos, en puestos en los que despliegan el empeño tesonero de servir a la Patria.

F. del V.

(Fotos Leal.)



*Los alféreces provisionales, o el cadáver efectivo de nuestra gloriosa liberación, sigue en 1958, en el Cerro de Garabitas, la Santa Misa, con igual devoción de aquellos años mozos.*

Lo que fueron

# LAS SIETE MARAVILLAS DEL MUNDO

## De ellas sólo se conservan las PIRAMIDES DE EGIPTO

LA gente habla muchas veces de las siete maravillas del mundo, sin saber la importancia que tuvieron en su época. Decir que tal o cual cosa es la octava maravilla es una figura, no sólo literaria, sino del lenguaje corriente y conocida de todos. Lo que no todos saben, y entre gente que se da de muy ilustrada, es cuáles fueron las siete maravillas que precedieron a esa octava, en perspectiva para los tiempos, que es nuestro majestuoso Monasterio de El Escorial. La fama de todas siete, que data nada menos que de la antigua Grecia, se basa, indudablemente, en sus colosales dimensiones o en lo raro de su construcción, pues, exceptuando las Pirámides de Egipto, todas las demás fueron hechas en una época en que el gusto y el genio decaían visiblemente. De ellas, sólo se conservan hoy las Pirámides; las otras seis, que son los Jardines Colgantes de Babilonia, el Templo de Diana, en Efeso; la Estatua de Júpiter, en Olimpia; el Coloso de Rodas, el Faro de Alejandría y el Mausoleo de Halicarnaso, han desaparecido por completo, o sólo existen como ruinas. No cabe duda que, si nos fuese dado contemplarlas en nuestros días, algunas de ellas no nos parecerían tan dignas de admiración como los antiguos las creyeron.

Las Pirámides de Egipto, construidas hace la friolera de más de cuatro mil años, para servir de tumba a los reyes egipcios, son cerca de sesenta. La más notable por sus dimensiones y, sin duda alguna, la que más llama la atención de los arqueólogos griegos, es la de Cheôps o Gran Pirámide de Gizeh, que aún hoy, desprovista del revestimiento exterior, mide 135 metros de altura por 227,5 de lado en la base. El astrónomo Piazzi Smith y el publicista Taylor descubrieron en la estructura de este monumento algunas cosas realmente maravillosas: que la razón de la altura a la periferia, por ejemplo, es igual a la razón del radio a la circunferencia; que la longitud del lado de su base es igual a una diezmillonésima del radio terrestre; que la altura es igual a la milmillonésima

parte de la distancia entre la tierra y el sol; que el pasillo inclinado por donde se baja al interior, prolongado indefinidamente, hubiese pasado por el punto que ocupaba la estrella polar en la época en que la pirámide fué construída, y así otras cien particularidades capaces de hacer creer que aquello no era sólo una tumba, sino más bien un monumento destinado a conmemorar grandes descubrimientos matemáticos o astronómicos.

Desgraciadamente, el papiro Rhind, que data de 1.500 años (antes de Jesucristo), y es el tratado de matemáticas más antiguo que se conoce, demuestra que las ciencias no habían llegado al antiguo Egipto a tan alto grado de adelanto. Los resultados de las investigaciones de Smith y Taylor son, por consiguiente, meras coincidencias.

La Gran Pirámide no asombró al mundo antiguo más que por sus dimensiones.

Actualmente no hay viajero que llegue a Egipto y no visite esta obra gigantesca del hombre.

Los famosos Jardines Colgantes de Babilonia, obra de la no menos famosa reina Semiramis, eran, según las descripciones de los autores clásicos, un conjunto de terrazas cuadradas superpuestas, de 120 metros de lado, sostenidas por enormes columnas. El piso de cada terraza estaba formado por una capa de piedra, otra de juncos y asfalto, una tercera de ladrillo y otra de planchas de plomo, sobre la cual se extendía la tierra suficiente para que arraigasen los árboles más corpulentos. Algunas de las columnas estaban huecas, y encerraban máquinas hidráulicas para subir desde el Eufrates el agua necesaria para el riego.

Es una lástima que, de tan soberbia construcción, no haya quedado ni rastro; porque hoy, cuando las investigaciones recientes prueban que los antiguos exageraron bastante los límites de Babilonia y las dimensiones de sus palacios, no falta arqueólogo que supone que los famosos Jardines Colgantes, acaso no pasaron de ser una azotea con un centenar de macetas.

De otra maravilla, el templo de Diana en Efeso, no quedan tampoco ni ruinas. El primer templo de la Diana Efesia fué incendiado, la misma noche en que nació Alejandro el Grande, por un tal Herotrato, que con tal fechoría sólo buscaba hacerse famoso. Después de condenar a muerte al incendiario, los ciento veintisiete príncipes del Asia Menor reunieron el dinero suficiente y necesario para construir el templo, y a los ciento veinte años quedó terminado aquel majestuoso edificio, cuatro veces mayor que el Partenón de Atenas, que destruyó Constantino, llevado de su fervor cristiano.

Dos estatuas gigantescas figuran entre las siete maravillas. Una de ellas era el Júpiter de Olimpia, debido al cincel del gran Fidias, y cuya altura, sentado como estaba, llegaba a 11 metros. El valor de esta estatua era incalculable, pues todas las partes desnudas del ídolo eran de marfil, y de oro el manto que en parte le cubría.

El otro coloso es el de Rodas, imagen de bronce del dios Apolo, de 32 metros de altura, que se levantaba a la entrada del puerto de Rodas, y fué destruída por un terremoto. Cuando los mahometanos conquistaron la isla, los restos del coloso fueron vendidos a un judío, y para cargar los pedazos de bronce se necesitaron 900 camellos.

El faro de Alejandría tomó su nombre del islote de Faros, que le servía de base. Fué construído el año 283 (A. de C.), y es fama que media 168 metros de altura y costó 800 talentos, es decir, unas 450.000 pesetas de principios de siglo. A principios del siglo XIV aún existía, y se atribuye su destrucción a un terremoto.

Una catástrofe análoga acabó con el Mausoleo, la séptima maravilla, monumento funerario erigido en Halicarnaso (Asia Menor) a la memoria del rey Mausolo, por su esposa Artemisa, el año 350 (A. de C.). De esta construcción se encontraron las ruinas cuando las Cruzadas. Parte de estas lograron salvarlas los ingleses hace unos ciento diez años, y hoy figuran en el Museo Británico.

Bien se podía ahora, en un Congreso Internacional, como tantos hay, de los primeros hombres de ciencias, sobre estas materias, buscar las siete maravillas actuales, los siete monumentos u obras erigidas por la mano del hombre, en sustitución o comparación con las siete hoy inexistentes, mejor dicho las seis, que en época antigua fueron orgullo de una civilización.

E. MENDEZ-CONDE